¿Qué es lo que me han contado de ti?, Y el señor alabó a este administrador deshonesto, por haber obrado tan hábilmente.

Lc 16, 1-8

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

NUESTROS VERDADEROS AMIGOS SON LOS POBRES

Captamos diferentes estímulos en este fragmento evangélico: con ellos quiere Jesús provocar nuestra reflexión y nuestra respuesta. Aunque el discurso se haga, en ocasiones, difícil y la respuesta bastante comprometedora, el verdadero discípulo de Jesús no puede sustraerse a sus deberes concretos. En primer lugar, es preciso mantener la confrontación con los hijos de este mundo: en el evangelio encontramos muchísimas veces la invitación a ser animosos no sólo frente a la propuesta divina, sino también frente a aquellos que no quieren saber nada ni del Evangelio ni de la vida cristiana. Por eso, no basta con la astucia; se requiere también el coraje, la osadía y la audacia de quien sabe que posee una palabra superior a cualquier otra y puede apoyarse en una promesa que no puede ser retractada.

Del contexto global del capítulo se desprende una segunda gran invitación, que concreta el coraje evangélico: nuestros verdaderos amigos son los pobres, y se requiere, a buen seguro, un coraje de león para considerarlos como nuestros primeros y más queridos amigos. Quien llega a considerarlos como tales demuestra ser de verdad «listo» según Jesús, aunque no ciertamente según la lógica del mundo. Llegados a este punto, ya no queda ninguna incertidumbre sobre la astucia por la que el administrador deshonesto es alabado por su señor. La luz que se desprende de esta parábola nos llega a todos nosotros e iluminará nuestro camino en la medida en que nos dispongamos a invocarla, a acogerla y a caminar por el sendero que abre delante de nosotros.

ORACION

Me preguntas, Señor: «¿Por qué andas indeciso?». Decir la verdad... cuesta sangre, Señor; descubrir mis mezquindades... me expone, Señor; perder mis seguridades... es duro, Señor; aceptar la desaprobación... es doloroso, Señor; ver bloqueados mis planes... me disgusta, Señor; reconocer mis infidelidades... me hace daño, Señor; mostrar mis debilidades... me humilla, Señor; renunciar a mis razones... no lo soporto, Señor.

El precio que hemos de pagar para ser honestos es elevado, pero servir a dos señores me repugna. Señor, ayúdame a ser honesto, ¡cueste lo que cueste!